

Imágenes de un viaje bajando el Magdalena

<http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n37a10>

Fue en mis épocas de estudiante de Comunicación Social, en la Universidad Pontificia Bolivariana, cuando definí que algún día recorrería, desde su nacimiento hasta su desembocadura, el Magdalena, el río que dio vida a la nación colombiana. Y que lo haría de pueblo en pueblo, andando lento, sin mucho apuro, que es como se logra penetrar, de verdad, en el alma de las regiones por donde se pasa y sentir la potencia reveladora de un viaje profundo.

Aquel viejo sueño se cumplió treinta años después, en el segundo semestre del 2014, cuando obtuve mi período sabático de seis meses en la Universidad EAFIT, donde trabajo como profesor de Periodismo y ahora como jefe de la carrera de Comunicación Social. Entonces no dudé y decidí irme a cumplir lo que había estado pendiente por tanto tiempo.

No sé de dónde viene mi fascinación por el río Magdalena si nunca nada me ha atado a él: no nací en sus riberas, no he vivido cerca, ni siquiera algún familiar obtuvo fortuna o consiguió el amor eterno al navegar por sus aguas. Sin embargo, siempre ha estado en mi vida, desde que era un niño y veía las láminas de un álbum sobre Colombia en el que el río aparecía en varias ocasiones. Igual a como lo observaba en un viejo libro que había en mi casa del barrio Santa Mónica, al occidente de Medellín. El texto, casi descuadernado, narraba historias y presentaba los dibujos de colonizadores, aventureros y científicos que viajaron por él en siglos anteriores.

Creo que de allí viene ese interés, lo mismo que por los relatos de mi padre de un viaje que lo marcó siendo niño y que hizo con mi abuelo entre Medellín y Barranquilla, primero en tren hasta el municipio de Puerto Berrío y de ahí en un barco de aquellos que subía y bajaba por el Magdalena llevando pasajeros y mercancías.

Por eso, desde mi época de bachillerato y desde los primeros años de universidad, me repetía que algún día recorrería el río de punta a punta y que pararía en cada pueblo para conocer su gente. Estas fotos son una muestra de lo que vi en ese recorrido que duró ochenta días y en el que me detuve en unas noventa poblaciones.

Juan Gonzalo Betancur B.

Texto y fotos

Egresado Comunicación

Social Universidad

Pontificia Bolivariana –

Profesor Universidad EAFIT

juangobeta@gmail.com

Algunas historias de lo que hallé están consignadas en la bitácora virtual del viaje en que se convirtió mi sitio web *Bajando el Magdalena* (www.bajandoelmagdalena.com), y otras las compartí por las redes sociales. Son apenas una minúscula parte de aquella hermosa travesía que me llevó a la Colombia profunda y que enriqueció mi existencia.

Ese recorrido me permitió descubrir que en el río está Colombia entera, así desde las grandes ciudades se le tenga olvidado. Porque en el Magdalena está resumido lo que somos y lo que hemos sido como nación; desde la música, la arquitectura, la gastronomía y la riqueza natural, hasta las alegrías, las esperanzas y, por supuesto, toda esa cadena de tragedias y desgracias que nos han marcado. Ojalá algún día vayan a navegarlo, y que lo hagan despacio mirando y conversando con todos, como lo hice yo. Sería un buen regalo de vida.



El río Magdalena nace en la Laguna de la Magdalena, en el Páramo de las Papas, en el Macizo Colombiano, a 3.685 metros de altura sobre el nivel del mar. Está en límites entre los departamentos del Huila y Cauca.



La tumba de la niña de 13 años, Omaira Sánchez Garzón, la víctima más representativa de la tragedia que dejó veinticinco mil muertos en Armero (norte del Tolima), y que se convirtió en sitio de peregrinaje. A ella le rezan y hasta le atribuyen milagros.



El río baja lento y silencioso en este lugar, entre los municipios de Ambalema (Tolima) y Beltrán (Cundinamarca). El Magdalena tiene una longitud de 1.540 kilómetros desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar Caribe.



El Museo del Río Magdalena, en la ciudad de Honda (Tolima), recoge lo que ha sido y es el río, y lo que ha representado para Colombia. Su curador, Germán Ferro, explica aquí la historia de importantes personajes anónimos, aquellos que lo navegaron en los antiguos barcos a vapor.



La subienda, el período en que los peces remontan la corriente para desovar, reúne a miles de personas de todas las edades. Los pescadores más viejos aseguran que por la contaminación ya no se capturan tantos animales como antes.



El municipio de Puerto Berrío, en el Magdalena Medio antioqueño, ha visto una de las caras más tristes del río: la de los cadáveres que son arrastrados por la corriente, producto de las diferentes violencias del país. Algunos los recogen, les dan un nombre y los adoptan como si fueran sus seres queridos.



Este jaguar es protegido en la reserva natural del Cabildo Verde de Sabana de Torres, municipio del departamento de Santander. El lugar es un santuario para la recuperación de especies víctimas del tráfico ilegal. A este ejemplar le mataron su madre cuando era un cachorro.



El río tiene vida porque hace parte de un inmenso ecosistema de caños y ciénagas que, además, produce unos paisajes hermosos. Esta imagen fue tomada cerca de la cabecera urbana del municipio de San Pablo, en el sur del departamento de Bolívar.



Simití, en el sur de Bolívar, es de los municipios más viejos de Colombia: fue fundado en 1537 por expedicionarios españoles que entraban por el río Magdalena hacia el centro del actual territorio nacional. Sus dos iglesias principales son un desconocido tesoro nacional.



Las chalupas son los buses del río. Hay flotillas de ellas, pintadas con todos los colores posibles, a lo largo de la zona navegable, en las regiones del Medio y Bajo Magdalena.



Por Bocas de Ceniza, la desembocadura principal del río cerca de Barranquilla, ingresan barcos de gran calado que transportan parte de los productos que entran y salen del país. Allí, los habitantes pescan en el mar utilizando cometas.